

Pandemia: heroísmo, muertes y eternidad.

Rodolfo Marcone L.

“Aprendemos lo que es anticipar nuestra propia muerte de aquellos con quienes hemos compartido de forma significativa su anticipación de la muerte” (S. Edith Stein)

Me gusta pensar que la historia de la humanidad tiene un sentido. Me gusta imaginar también que la especie a la que pertenecemos tiene una conciencia y un libre albedrío entregados por una suprema inteligencia, como si fuésemos un gran y genial invento de Dios. Me da paz interior saberse criatura, hijo de la suprema inteligencia universal. Porque se que sus designios tienen nuestro nombre inscrito.

Pero cuántas veces olvide este misterio, muchas. Y este olvido aparece con fuerza en momentos en que me encuentro enclaustrado viviendo el miedo a un virus que paraliza la omnipotente posmodernidad, y me deja inmóvil, cuántos de nosotros absortos en nuestro día a día, hoy nos encontramos de frente con la vida del espíritu, tan olvidada la teníamos, por deambular por las calles de la ciudad humana buscando una respuesta.

Los número ausentes de las Pandemia como señala Roberto en su carta, nos ocultan el rostro del otro, y nos envuelven en un pesimismo amargo, donde morir sin ser despedido es la realidad para miles de personas en el mundo, pero también la Pandemia es un oportunidad de recuperar nuestra humanidad extraviada.

Les confieso que me da pavor verme finito y eterno a la vez- parafraseando el título de la obra maestra de un gran filósofo del siglo pasado Herr Heidegger-, finito en mi vida, porque esta pandemia del Covid19, que a todos tiene atemorizados, enclaustrados y aturdidos, nos hace presente la finitud de nuestra vida biológica, que está inseparablemente unida a nuestra personalidad.

Perder la vida por culpa de un virus, es una muerte de mierda, como diría un cómico chileno. Perder la vida en un acto heroico, como por ejemplo salvando a un niño ahogándose en una playa del litoral central del bravo mar chileno, podría ser un acto de heroísmo extremo; o perder la vida donando un órgano para un familiar, sería lindo; perder la vida buscando la perpetuación de nuestra especie en una difícil misión científica camino a marte, también podría ser una forma heroica de morir; o al menos perder la vida en un hospital de Sudamérica pobre y falto de equipamiento por curar, sanar y consolar enfermos de Covid19, podría y debería ser de máxima heroicidad. Estas son muertes posibles, y todas heroicas, hoy para mi son un imposible. Acá en el balcón de mi hogar junto al pacífico todo es finito y eterno, incluso mi sentimiento de temor a la muerte, y sobre todo ese miedo a morir sin pena ni gloria, no puedo dejar de recordar al salmista: Vanidad, todo es vanidad.

Quizás morir como Sócrates, injustamente por causa de una verdad suprema, sea la mejor forma de morir. Pero morir por culpa de un virus, minúsculo, metido en el ARN de las células de nuestro cuerpo, es vergonzoso para un hombre, que está acostumbrado a grandes hazañas imaginarias, históricas o reales.

A la vez me he encontrado con mi alma, esa parte inmortal de mi ser, como diría Sócrates en el "Fedón" cuando pone de manifiesto que cuidar el alma para la eternidad- es parte esencial del filosofar-, y llama a ocuparnos de la parte infinita de nuestro ser, que está en permanente relación con nuestra finitud. Descuidada el alma inmortal estaba.

El alma inmortal que añora el amor perfecto, el sacrificio auténtico, la verdad absoluta, y la vida inmortal, nos pide una vida a la altura de estas ideas supremas. Pero el virus más que impedirnos llegar a la eternidad nos da un pase directo a ella, y esta inmediatez, es la que paraliza, hasta al más creyente de los creyentes en el alma inmortal y los designios divinos.

Amar al otro perdiendo la vida es el camino para la vida, como dijo ya Jesucristo hace dos mil años, tantas veces el mandamiento del amor sacrificial cristiano, me pareció un abstracto. Hoy se vuelve real. En esta pandemia hay hombres que mueren como santos- una categoría superior de heroicidad-, son los milagro que solo pueden suceder por amor. No puedo dejar de pensar en la historia del sacerdote italiano don Giuseppe Verdelli, que a sus 72 años, entregó su derecho a obtener un ventilador- que su comunidad parroquial había comprado para él- a un joven desconocido, perdiendo la vida finalmente, para que otro la viviera. Todos estos hechos demuestran que lo eterno perdura en el hombre, y que está ligado a sus obras amorosas.

Esta pandemia nos aterriza en la finitud de nuestra vida biológica, pero también nos abre de un golpe a la eternidad de la vida en el amor. Hoy es el tiempo de la misericordia, es el tiempo de amar dando la vida si es necesario, es el tiempo de la compasión humana universal. Y un pequeño virus es la oportunidad de aterrizarlos, para situarnos lejos muy lejos de la vanidad, y muy cerca del amor, que es eterno.